

La heroína liliputiense

Silvia Hopenhayn

Todo lo que es mucho de algo tiende a expresar los bordes de la condición humana, redefiniendo su centro. Los muy, muy ricos o los muy, muy pobres. Los muy, muy bellos o los muy, muy feos o, sencillamente, los muy, muy buenos y los muy, muy malos.

La historia suele organizarse en función de semejantes extremos. De allí que las exageraciones suelen dar lugar, en ocasiones, a algunas ficciones emblemáticas.

Quizá por ese motivo, tan aleatorio como válido, el escritor cubano Antonio Orlando Rodríguez, ganador de la última entrega del Premio Alfaguara, se fascinó con la historia de una diminuta mujercita, de tan sólo sesenta y seis centímetros de altura, que se convirtió en un personaje célebre del teatro de *vaudeville* de principios del siglo XX.

La llamaban [Chiquita](#), y así se llama la novela. En realidad, la actriz, multifacética, recibió tantos apodos que, sin haberlo querido, se convirtió en un personaje de novela antes de que el escritor sintiera el impulso de escribir su biografía. La llamaron “Cubanita de oro”, y también “Átomo cubano”, “Chiquita de los loros”, “*The Doll Lady*”, así, en inglés, “Mascota oficial” y “Muñeca viviente”, entre muchos otros apelativos, algunos no tan lucidos como estos.

Pero no por lo pequeña que físicamente es su protagonista, el autor le escamoteó páginas a su relato. Todo lo contrario. La novela tiene más de quinientas páginas y la historia transcurre muy rápido, como si no alcanzaran. Es tanto lo que le ocurre a este diminuto personaje –sea, al fin y al cabo, real o inventado– que todo parece exagerado y, al mismo tiempo, también merecido.

Esta mujercita liliputiense, cuyo nombre es Espiridiona Cenda (tanto en la novela como en la historia verdadera) se lanzó a la fama de manera repentina, por sus histriónicas danzas y su estilo declamatorio.

¿Será cierto que ocupó durante tres años los titulares de los diarios? ¿Sabría realmente más de siete idiomas, “al igual que Cleopatra”? ¿Le habrá regalado ese extraño pez llamado *Atractosteus tristoechus* a Sarah Bernhardt? ¿Se habrá desecho ella inmediatamente del animal, calificándola de *fauve épouvantable*? ¿Acaso el presidente McKinley realmente prendió un clavel en el vestido de la cubanita? Y, por último, el día que mataron a José Martí ¿le habrán servido su acostumbrada natilla espolvoreada con canela? No es fácil saberlo. Todas estas preguntas no hacen más que evidenciar el frágil límite que existe entre la realidad y la ficción cuando un escritor decide atravesarlo. Antonio Orlando Rodríguez lo aclara sin tapujos en la nota final: “Soy un novelista; es decir, un mentiroso profesional. Aunque este libro trata sobre la

vida de Espiridiona Cenda, Chiquita, dista mucho de reproducirla con fidelidad. Se trata de una obra concebida desde la libertad absoluta que permite la ficción. Así, he entremezclado sin el menor escrúpulo verdad histórica y fantasía...”. Creer o crear: esa es la cuestión.

Publicado en el periódico *La Nación*, Buenos Aires, 23 de julio de 2008.